

Semiótica y poder en un mundo caótico

*Bob Hodge y Gabriela Coronado**

Semiótica en la era del caos

LA SEMIÓTICA EN TANTO CIENCIA de los signos ha tenido un lugar muy curioso en la historia del pensamiento de la segunda mitad del siglo veinte. En la década de los cincuenta, se anunció como una revolución que transformaría a las ciencias humanas, sin embargo a fines del siglo sería vista por muchos como un campo restringido y de exclusivo interés para un reducido número de especialistas, como una forma abstracta, formal, como un juego asocial que no aporta nada a quienes se involucran en los complejos y urgentes asuntos del mundo turbulento de hoy. A pesar de ello, este número de la revista *Versión*, aborda el tema considerando que la semiótica es aún relevante en una nueva configuración y nuestro artículo pretende contribuir a esta tarea.

Queremos dar un vistazo a esta historia reciente para identificar qué sucedió con la semiótica, qué premisas cruciales es necesario criticar y cambiar. Esto lo haremos con una actitud positiva, no tanto para ajustar cuentas con el pasado, sino para encontrar nuevas bases para continuar, para describir una forma social de la semiótica que sea radicalmente interdisciplinaria, incorporada totalmente a la estructura de las ciencias sociales, incluyendo la política y la sociología, y simultáneamente a las filas de otras disciplinas: una semiótica social en la era del caos.

La propuesta revolución semiótica, parte de la suposición simplista de que todo sistema de signos, y no solamente los signos del

* Profesores investigadores de la Universidad de Western Sidney, Australia. Traducción de Ramón Alvarado y J. Jarret Woodside; revisión técnica de Gabriela Coronado.

lenguaje verbal, conlleva significados en modo similar. Este desplazamiento anunció la liberación del dominio de un sólo código, habla y escritura, y legitimó un nuevo pluralismo de formas semióticas. A pesar del fino y variado trabajo en cierto número de áreas disciplinarias, la revolución nunca ocurrió.

La preeminencia del lenguaje verbal estaba demasiado arraigada como para ser sacudida. La más efectiva oposición a la lingüística provino del análisis del discurso, no de la semiótica. Éste enfatizó los procesos sociales de tal modo que la lingüística —y la semiótica— encontraba difícil de abordar, sin embargo tácitamente se mantuvo con el código dominante. El estudio del texto verbal se presentaba como más “objetivo” porque el texto podía ser citado, mientras que la semiótica parecía “subjetiva”, ya que en otros códigos el significado requería ser proyectado a través de la interpretación; no eran “leídos” como en el lenguaje verbal.

A primera vista, un contraejemplo para demostrar esto es el trabajo de Michel Foucault, el cual ha tenido gran impacto en muchos campos de las ciencias sociales, bajo la denominación de teoría del discurso, nunca, hasta donde tenemos entendido, como semiótica. Foucault escribe a menudo bajo el tema de discurso, pero paradójicamente, la mayoría de los virtuosos análisis esparcidos en su obra son semióticos, en un sentido amplio, no análisis del discurso como lenguaje verbal. Probablemente su más famoso e influyente análisis es su estudio de la imagen del *Panopticon* de Bentham. También es semiótico su argumento sobre que los regímenes de espectáculo como la modalidad dominante en el ejercicio de poder de las monarquías europeas, antes de que emergieran los regímenes burgueses de vigilancia en el siglo XIX (1977). Es sintomático del poder del logocentrismo, que la mirada semiótica en el trabajo de Foucault es casi invisible a pesar de que es fundamental en sus métodos analíticos. Si es que hay una nueva orientación hacia la importancia de la semiótica, tal como lo argumentamos, ello no implica que Foucault o el discurso son irrelevantes, sino todo lo contrario.

Al inicio del siglo XXI, los grupos en el poder (presidentes, corporaciones multinacionales, etcétera) saben muy bien que los men-

sajes operan de manera más efectiva en agrupaciones funcionales de mensajes en medios interrelacionados (la multi-modalidad, véase Kress y Van Leeuwen, 1998). Las nuevas tecnologías de información se han desarrollado en un entorno multimediático y por tanto el análisis de la comunicación y el poder tiene que ser semiótico. Hasta cierto punto lo es ahora: pero no suficientemente. La revolución semiótica, que todavía no sucede, enmarca a la comunicación en términos de una interacción dinámica de cada una de las formas semióticas y no sólo de los nuevos medios. Su marco de referencia comprende, precisamente en dirección que han tomado los medios y la sociedad.

Un problema secundario, más complejo, creó una crisis en la semiótica: su pretensión de constituirse como una *ciencia de los signos*. De manera similar, la lingüística en sus encarnaciones científicas ha sido casi destruida por sus aspiraciones de ser una ciencia genuina. En la sociedad moderna, la ciencia es la forma de pensamiento más prestigiosa, sin embargo tanto en la lingüística como en la semiótica puede aplicarse un principio común: mientras más científica pretende ser determinada escuela, menos ilustrativos y consistentes son los análisis, hallazgos y explicaciones que produce. A la semiótica, aparentemente, no le ha quedado sino una opción poco envidiable: elegir entre las formas científicas con mayor prestigio que no funcionan, o las formas humanísticas que pueden funcionar mejor, pero que están etiquetadas como no científicas o de bajo prestigio.

Nosotros proponemos otra vía en torno a esta falsa opción. La Teoría del Caos (Gleick, 1988; Hayles, 1991) nos permite reformular lo que se considera como científico. Nos explica el por qué todos los intentos previos de alcanzar el estatus de científicos en las ciencias humanas y sociales han producido resultados tan decepcionantes. La Teoría del Caos no está en contra de la ciencia. Los científicos que pueden ser etiquetados dentro de este campo, obtienen premios Nobel. En realidad lo que propone es un nuevo y más comprensivo campo de trabajo que abarca fenómenos que son inherentemente complejos, impredecibles y caóticos. Esta teoría no busca reducirlos a formas simples y lineales,

o excluirlos del alcance de la ciencia. La Teoría del Caos nos permite delinear una semiótica no reduccionista capaz de confrontar fenómenos altamente complejos y caóticos que son aspectos ineludibles y determinantes de cada sobresaliente hecho político y social en el mundo hoy en día.

Una semiótica social en el marco de las Teorías del Caos pueden establecer nexos más consistentes con la ciencia tal como suele practicarse, esto es lo que consiguen las formas científicas de práctica analítica, con su fatal adherencia al modelo obsoleto de la ciencia. Puede desarrollar formas apropiadas para un objeto cuya condición primaria es caótica, el cual tendrá así la posibilidad de evadir la ley paradójica de las formas lineales de la ciencia humana: mientras más sistemática, menor será la profundidad que se alcance; mientras menos sistemática, menos comunicativa.

Es necesario clarificar un posible malentendido: nosotros no pretendemos ser científicos a toda costa (con la ciencia del caos reemplazando formas anteriores), como si la ciencia fuera hoy en día la única forma legítima de conocimiento, independientemente de cual sea el objeto. La ciencia puede aprender de la semiótica y viceversa. Estamos en busca de una nueva, y más interactiva relación entre ambas. Paradójicamente, la semiótica científicista usa métodos científicos pero no admite conceptos científicos, nosotros proponemos hacer lo contrario. Ante este método científico somos escépticos, pero damos la bienvenida a conceptos y descubrimientos de la ciencia como dispositivos heurísticos, como metáforas, modelos y estímulos al pensamiento, a la par de otras metáforas y modelos.

Utilizamos aquí algunos conceptos de la Teoría del Caos que ilustraremos más adelante. Primero, está la noción de la ciencia distante del equilibrio. Ilya Prigogine, un científico que obtuvo el premio Nobel, argumenta que los fenómenos en el universo existen bajo tres grandes condiciones, tan diferentes en algunos aspectos que las mismas reglas y métodos de investigación no necesariamente se aplican a los tres (Prigogine y Stengers, 1984). La ciencia clásica está diseñada para funcionar en condiciones de equilibrio o cercanas al equilibrio, en donde es posibles hacer descripciones

precisas y predecir las estructuras, relaciones y movimiento, y donde la causalidad es lineal y reversible. Las condiciones lejanas al equilibrio se comportan de manera muy diferente. Pequeñas causas pueden producir efectos grandes e impredecibles (el denominado “efecto mariposa”; Lorenz, 1995), con resultados diferentes e incluso contrarios. La paradoja y la contradicción, así como la complejidad y la creatividad, son marcadores típicos de condiciones lejanas al equilibrio. La vida, la sociedad, el lenguaje y el pensamiento, se han formado en los umbrales del caos, según Prigogine, como estructuras abiertas y dinámicas, manteniendo continuamente un balance entre la estabilidad y el cambio. El “caos” no es únicamente contrario al orden, es también la matriz donde surgen todas las formas interesantes de orden.

La Teoría del Caos enfatiza también la indeterminación y la imprevisión. Al respecto, es importante la contribución del matemático francés Henri Poincaré, quien en 1890 demostró que las ecuaciones newtonianas, y en consecuencia la certeza matemática del punto de vista newtoniano del mundo, no se aplicaban cuando había más de dos cuerpos en un sistema complejo. Estados futuros de un sistema de tres cuerpos (en el ejemplo de Poincaré, la Tierra, el sol y la luna) no se pueden prever en un lapso prolongado de tiempo, dado que la realidad del universo es estar compuesto por una infinidad de sistemas multicorporales, incluso los modelos de tres cuerpos distorsionan estos sistemas, pero estos son el modelo mínimo que incorpora el principio de indeterminación.

La realidad de la vida social, que es con frecuencia reducida a dos poderes que se confrontan uno con el otro con un número limitado de posibilidades resultantes, es también multicorporal. El análisis de tres cuerpos y los modelos basados en ellos son el principio para restaurar las imprevisibles dinámicas del mundo social y los procesos semióticos que constituyen y tienen lugar en él. El ejemplo de Poincaré trae consigo importantes lecciones para el análisis social: la luna representa un cuerpo o fuerza que se percibe como demasiado pequeña para tomarse en cuenta, por lo que se excluye de éste. El análisis de los tres cuerpos no hace esta suposición peligrosamente simplificadora. Del mismo modo, el sol re-

presenta un cuerpo que parece tan enorme y distante que no vale la pena tomar en cuenta en un análisis local de las relaciones de poder. Nuevamente los cuerpos distantes de gran tamaño tienen, de modo acrecentado, efectos impredecibles sobre lo que sucede en locaciones aparentemente remotas.

La diferencia entre el sol y la luna es también una diferencia de escala, un tema de especial relevancia para la teoría social que trata de manejarse en los niveles macro y micro, sociales e interpersonales, o bien, recientemente, en los niveles local y global. Al respecto, la Teoría del Caos proporciona una aportación interesante y potente a través del concepto “fractales” propuesto por Benoit Mandelbrot (1982). Los fractales son formas o figuras irregulares (no euclidianas, caóticas) que son semejantes a sí mismas (pero no idénticas y, por lo tanto, impredecibles) a través de diversas escalas, como la semejanza entre las hojas de las pequeñas y grandes ramas, los troncos y las raíces de las plantas. Los fractales son importantes por tres razones: son el hilo conductor que recorre innumerables niveles, un sintagma que une sintagmas; pueden formarse mediante repetidas aplicaciones de un principio básico, una simple forma paradigmática capaz de generar incesantes diferencias y complejidades; y pueden ilustrar el hecho paradójico de la Teoría del Caos, que simplemente no ve desorden en todos lados, sino descubre patrones fascinantes e inesperados y establece conexiones en mayor escala de lo previsible.

Reencuentro con la semiótica social

En 1988, el libro *Social Semiotics* (Hodge y Kress, de aquí en adelante *ss* para distinguirlo de otras formas de análisis de igual importancia como para acreditarse el nombre) se publicó como una crítica a la idea de una semiótica autónoma y sin compromiso político. Su efímero propósito fue desarrollar una semiótica capaz de analizar a la sociedad y la política. No es nuestro propósito revitalizar o defender aquí este proyecto en su forma original, sino replantear

algunos argumentos de especial vigencia e importancia, proponer algunos cambios y desarrollos a partir de las Teorías del Caos.

Un aspecto fundamental en el proyecto de *ss* fue el énfasis en la *semiosis* (procesos de construcción y circulación de significados). El término proviene de Peirce: “por semiosis me refiero a una acción, una influencia, que es, o implica, una cooperación de tres sujetos, tales como un signo, su objeto y su intérprete, esta influencia tri-relativa no puede resolverse en acciones entre pares” (1940-1965/ 5: 484), para él, este proceso era potencialmente infinito. La *ss* difería en dos aspectos. La semiótica de Peirce parece restringirse a formas puramente semióticas, sin preocuparse por los aspectos sociales de estos procesos (aunque es interesante destacar que los términos que él usó también pueden aplicarse a acciones sociales: influencia y cooperación) mientras que la *ss* era enfática e intrínsecamente un proceso social, que involucraba agentes sociales, significados y efectos. Desafortunadamente la *ss* no siguió las preferencias de Peirce por las formas triádicas sino que propuso dos ejes de semiótica: el mimético (el plano de la representación) y el semiótico (enlazando productores y receptores, significados y significantes, mensajes y contextos). Para la *ss* el plano semiótico estaba constituido por las dos dimensiones básicas que Durkheim atribuyó a todo grupo social: poder y solidaridad. La sociedad no era un campo de aplicación para un análisis puramente semiótico por lo que para la *ss* los aspectos del poder eran fundamentales.

A pesar de algunas limitantes, que revisamos enseguida, la *ss* formuló argumentos consistentes en torno a las relaciones de los planos miméticos y semióticos que, hasta cierto punto, todavía se sostienen:

1) Principio de precedencia: el análisis del plano semiótico debe comenzar antes del análisis del plano mimético.

2) Principio de interdependencia: el significado está constituido por la continua interacción de estos planos y no por un sólo conjunto de acciones en un plano seguido por las acciones en el otro.

3) Principio de equivalencia: las estructuras de los planos semiósico y mimético están constituidas por las mismas formas (sintagmas y paradigmas, estructuras diacrónicas y sincrónicas).

4) Principio de transformaciones: las estructuras miméticas pueden tener contenido semiósico, y viceversa.

La primera reestructuración que proponemos es la introducción de estructuras triádicas. La semiótica tridimensional puede convertirse en una poderosa herramienta para cuestionar e ir más allá de las formas binarias que han sido tan seductoras y aparentemente ineludibles en el pensamiento occidental, tanto en la ciencia propiamente como en las formas de pensamiento que aspiran a ser “sistemáticas”. La iniciativa de la *ss* de incorporar a la sociedad y la semiosis de Peirce en una sola categoría, en oposición al plano mimético, ilustra el peligro de usar un modelo binario para representar la multiplicidad de relaciones. El plano semiósico en la *ss* incluyó tanto lo social como lo semiósico, y aunque ello fue mejor que excluir uno u otro, implicó un alto costo —en el poder explicativo— al reducir las dos dimensiones en una. Hubiese sido más conveniente contar con un modelo cercano a las tres funciones de Halliday (1985): ideacional, interpersonal y textual. Si mantenemos los términos originales de la *ss*, tres de los cuatro principios arriba mencionados pueden ser reformulados, incorporando en la relación hipotética de la propuesta original, significados más ricos que provienen de la complejidad de la vida social y semiótica:

2) Los planos miméticos, social y semiósico, son estrechamente interdependientes;

3) las estructuras en los tres planos están constituidas en los mismos términos;

4) cada uno puede transformarse en cualquiera de los otros dos, o en ambos.

Todos estos aspectos binarios en la *ss* requieren reformularse, por lo menos en formas triádicas, en una semiótica tridimensional.

El concepto “ciencia lejana al equilibrio” de Prigogine es también muy útil para encarar los cuatro principios. En su forma bi-

naria todos trabajan mejor en condiciones cercanas al equilibrio, sin embargo algunos implican situaciones lejanas al equilibrio, especialmente en su forma tridimensional. Un estado en el que los tres planos interactúan constantemente (principio 2) es ya no determinista, porque produce impredecibles configuraciones del significado. Cuando la interacción mutua es tan grande que cada plano puede expresar el contenido de los otros (principio 4), entonces la situación está cerca de un colapso de significado. No es casual que el trabajo de Bateson sobre el colapso de la comunicación en la esquizofrenia (1972) haya inspirado este principio. La equivalencia estructural entre los tres planos (principio 3) es una condición del lenguaje “normal”, en condiciones cercanas al equilibrio, sin embargo, la idea de un orden establecido para analizar los planos (principio 1) funciona mejor en condiciones cercanas al equilibrio. Alejado del equilibrio, el punto de partida puede estar en cualquier parte al igual que el siguiente punto.

Otra idea productiva que la *ss* vislumbró, al igual la Teoría del Caos, y adquiere un sentido pleno en ese marco de trabajo: es el complejo ideológico.

La ideología es un término clave en una semiótica social con fundamento marxista, ya que está situada en la intersección entre el poder (emanando fundamentalmente de las clases dominantes, según la teoría marxista) y el significado como un instrumento y precondition del poder. La *ss* identificó el problema de la “ideología” en la práctica analítica, que curiosamente ha sido invisible para la mayoría de los analistas del tema. Sea lo que fuere o como se defina, la ideología en el uso social no es una simple versión consistente o una perversión de la realidad que fluye en forma lineal desde los que ostentan el poder a los que están desprovistos del mismo, tal como muchos analistas lo asumen antes de iniciar su análisis. En toda situación en la que el poder es cuestionado, cuando la oposición y la resistencia, bajo distintas modalidades, interrumpe sus sutiles operaciones, las contradicciones son endémicas.

Para captar la contradicción característica de las formas ideológicas, hablaremos de complejos ideológicos, un conjunto de relaciones funcionales entre versiones contradictorias del mundo, impuesto coercitivamente por un grupo social sobre otro en nombre de sus intereses particulares, o formuladas subversivamente por otro grupo social en un intento de resistencia en defensa de sus propios intereses (Hodge y Krees, 1988: 3).

Este reconocimiento de la contradicción bien podría atribuirse a la teoría de Hegel y Marx, pero en la evolución de la *ss* provino de la experiencia social y semiótica, como formas ideológicas que en una tras otra situación han cambiado y se han alterado abrumadoramente. En la Teoría del Caos, la contradicción es una evidencia de una condición distante del equilibrio. La ideología puede y de hecho existe en formas cercanas al equilibrio, como una versión singular del mundo, relativamente consistente, con resultados relativamente predecibles. Las situaciones que exigen mayor atención dada su complejidad, por estar cargadas de peligro o incertidumbre, están siempre alejadas del equilibrio y arrojan formas ideológicas que son altamente inestables y llenas de contradicciones; son productos de fuerzas y eventos lejanos al equilibrio.

Bajo algunas circunstancias, los complejos ideológicos pueden volverse caóticos, constituidos por aglomerados de diferencia e incoherencia tanto funcionales como disfuncionales. Un ejemplo clásico de un complejo ideológico en México ha sido la representación de los pueblos indios, siendo simultáneamente el orgullo de los mexicanos (“estamos orgullosos de nuestra raza indígena, la raza de bronce, los constructores de las pirámides”), y también su vergüenza (“los indígenas pobres impiden el progreso de la nación”, incluso han perdido el conocimiento de su propia cultura, la cual solo se preserva gracias a la antropología (para una crítica de estas posiciones véase Coronado, 2003, Reissner, 1983). Los zapatistas cuestionan este complejo ideológico al enfatizar precisamente el orgullo y la dignidad de los indígenas pobres en el presente, y no sólo en el pasado, fieles a sus raíces e identidades indígenas, incluso si no responden a los estereotipos racistas dominantes. Las

partes del complejo ideológico represivo han sido desestabilizadas, ya no funcionan como antes a manera de control de las representaciones de la “indianidad”, sino que alimentan la oposición y la rebelión. Esto no significa que la ideología se haya transformado en “verdad”, o que la contradicción haya sido eliminada. Las contradicciones se mantienen mediante formas más dinámicas, que ya no están bajo el control de los grupos dominantes.

Teorías del poder como semiótica social

Hasta aquí hemos desarrollado una semiótica social que aborda el poder y el significado. Ahora queremos aproximarnos desde otra vertiente, y sugerir que en el marco de la Teoría del Caos es de gran utilidad concebir las teorías de poder como versiones de la semiótica social. Al proceder de este modo, no estamos proponiendo la fusión de las diferentes historias y disciplinas en una sola historia y disciplina; más bien, se trata de representar las tres vertientes, sociología, semiótica y Teoría del Caos, como cuerpos que interactúan, capaces de afectarse recíprocamente cada vez de manera más profunda sin convertirse en uno solo, del mismo modo que el sol, la luna y la Tierra no pueden convertirse en una sola masa como resultado de su interacción en un sistema de tres cuerpos.

Entre los siglos XIX y XX, Peirce (nacido en 1839) y Poincaré (nacido en 1854) estaban activos en sus diferentes esferas de trabajo, al mismo tiempo que Weber (nacido en 1864) producía ciertas ideas sobre el poder que fueron fundamento para la teoría social moderna. No tenemos información sobre fuertes conexiones o mutuas influencias entre estos pensadores en su momento, pero éste no es el punto, lo que nos interesa, ante todo, son sus respectivos legados, en los que las ideas de cada uno han sido desarrolladas en diversas direcciones —principalmente por distintos seguidores encastados en sus disciplinas— y no en otras. El pensamiento aún vivo de estos autores participa de manera fructífera en nuevas conjunciones y circunstancias, en una historia virtual presente,

mientras que también responden a las situaciones del pasado. Weber, por ejemplo, puede provechosamente considerarse como el fundador de la semiótica social, como un punto de articulación entre las diversas disciplinas que acreditan su influencia y, entre otras vertientes, de una matriz transdisciplinaria contemporánea.

Weber estableció una distinción entre *macht* (“poder”, la capacidad que tiene un individuo o un grupo de imponer su voluntad ante los demás, independientemente de si hay resistencia) y *herrschaft* (literalmente, el arte de la dominación, traducido a menudo al inglés como “autoridad”). Principalmente se orientó hacia las diversas formas y componentes de *herrschaft*, en un marco que evoca la teoría de los actos del habla, la cual disocia a la semiótica de la lingüística. *Herrschaft* es una condición, o precondition, para que las órdenes puedan darse y sean obedecidas. Esta capacidad de dar órdenes caracteriza al poder social. En esencia, Weber inventó cuarenta años antes que Austin (1962), la teoría de los actos de habla como fundamento de su sociología del poder. Su sociología asumió la existencia de la semiótica social, 60 años antes de que fuera oficialmente anunciada al mundo.

Weber no enfatizó sobre las estructuras triádicas del mismo modo que lo hizo Peirce, pero ellas están implícitas como principio de organización, lo que nos permite introducirlo como punto de referencia para replantear formalmente sus ideas, en términos de un análisis de tres cuerpos. Weber tampoco subrayó la influencia como una distinta modalidad de poder, como lo hacen muchos teóricos modernos, lo que pudo haber complejizado su teoría, como un sistema de tres cuerpos. De las dos formas de poder que examina, *macht* se representa como lineal y no negociable: las personas con *macht* son capaces de lograr sus metas al margen de toda resistencia, sin negociación o modificación. Esto es visto, en la exposición de Weber, como no negociable, ya que la única consideración es la voluntad del que tiene *macht*, y no su relación con el mundo que le apoyará o pondrá resistencia a sus designios. *Herrschaft*, por el contrario, es transaccional, (los poderosos dirigen a aquellos que los obedecen) y no lineal (una relación de tres cuerpos en la que los líderes dependen de un grupo de empleados, y aquellos que obede-

cen, necesitan tener razones para hacerlo, razones que son una parte intrínseca del campo de influencia de la autoridad).

Al recurrir a dicho análisis para los tres participantes, buscamos las interacciones posibles entre ellos, que después de cierto tiempo, se condicionan entre sí de modo impredecible. Si nombramos al que tiene autoridad como A, y al que obedece como B, entonces la presencia de C es crucial para la sumisión de B. En esta situación, C también tiene algo de poder en relación con B, el cual actúa de una forma diferente, desde otro ángulo, y la sumisión de B también necesita extenderse a C. La sumisión de B necesita apoyarse en lo que la constituye. Si B llega a desilusionarse de A o C, el sistema se colapsará inevitablemente. El mismo proceso también tiene lugar entre la relación de A y C, donde la sumisión de C hacia A es crucial para el poder de A. En la práctica, C es normalmente un grupo formado por diferentes actores sociales que conforman un sistema interno de tres cuerpos, y cada uno de estos subsistemas puede estar constituido por otros, cada uno con el potencial de formar un sistema de tres cuerpos (que por lo tanto es impredecible). Lo mismo se aplica a las estructuras de B, las cuales en realidad son simplemente otra instancia de C, en una posición diferente. La estructura, vista como un todo, es una serie fractal que se extiende de la parte superior a la inferior del sistema, de tal modo que incluso si A, B o C, son individuos se constituyen como entidades fisuradas en términos similares —en algunos momentos ejerciendo poder, en otros apoyándolo, y en algunos otros sometándose— pero con innumerables diferencias, que pueden identificarse y explorarse a través de análisis específicos.

Estos elementos, AS, BS y CS, conforman una fórmula abstracta que puede guiar un estudio empírico del poder en diferentes situaciones y niveles fractales —en organizaciones burocráticas (uno de los intereses centrales de Weber), en comunidades, estados-nación o corporaciones transnacionales u otro tipo de organización. Dichos estudios conforman el núcleo de preocupación de la sociología del poder y, asimismo, constituyen el principal interés de la semiótica social, ya que los sistemas de significación (las palabras de mando, los múltiples signos de poder y legitimidad) sólo pue-

den comprenderse a través del análisis de los sintagmas semióticos y sociales que rodean su operación. La relación “A (el que tiene autoridad) le dice X a B (quien tiene obligaciones con A) en un contexto Z” es simultáneamente un hecho social (de poder y relación) y un hecho semiótico (una compleja transacción de significados). Sin el flujo de significados, comunicados y aceptados, el poder no existiría. Sin el poder, en sí mismo un significado, el acto semiótico tendría un efecto e intención diferentes.

Weber refuta el término marxista de “ideología” (1948: 269), prefiriendo términos como *Geist* y “ética” para examinar las creencias, actitudes y valores que habilitan a los individuos para participar en las organizaciones sociales y en las operaciones del poder social. Si suponemos que las relaciones de A, B y C están organizadas por diferentes formas del complejo ideológico, entonces los tres tipos de participantes tendrán acceso a un complejo ideológico que incorporará sus diferencias, y estas continuas interacciones serán la principal fuente de las contradicciones e indeterminaciones del complejo ideológico. Si el triángulo A, B y C, no se encuentra herméticamente sellado excluyendo toda relación social (dentro o fuera de un grupo social), entonces todo indica que el complejo ideológico estará aún más lleno de contradicciones, las cuales quizá no sean funcionales desde el punto de vista del grupo dominante.

Weber, como casi todos los sociólogos clásicos, trata de describir de manera ordenada, cercana al equilibrio, a los sistemas; como si ello representara todo lo que son o deberían de ser, o todo lo que podría comprenderse por medios sistemáticos, o racionales. Sin embargo, Weber también extendió su mirada para incluir situaciones que estaban alejadas del equilibrio. Esto se puede apreciar en su clasificación tripartita de los tipos de organización social y su forma correspondiente de liderazgo y legitimidad. A un tipo de poder basado en la obediencia de costumbres heredadas o aceptadas le llamó “tradicional”. Otro tipo, especialmente dominante en las sociedades modernas, es “racional”; en éste, el mando está basado en un marco de leyes y estructuras racionales. Un tercer tipo, que él denominó “carismático”, es una forma poderosa, pero irracional, de liderazgo que emerge y es inseparable del caos.

Sus tres categorías pueden colocarse a lo largo de un *continuum* de cercanía y lejanía del equilibrio, de modo que en sociedades tradicionales, aunque los cambios ocurren, la autoridad es vista como absoluta y es aceptada sin cuestionamientos o explicaciones, mientras que la autoridad racional/ legal, se encuentra mediada por flujos continuos de texto, pero siempre dispuesta a aceptar el reto o el cambio, en el cual los individuos pueden ser reclutados o excluidos; sin que por ello el sistema se altere. En una nación moderna, distante del equilibrio como lo es México, las tres formas weberianas coexisten, cada una afectando a las otras, lo que produce confusión e incertidumbre. La prolongada hegemonía del PRI, que gobernó de manera continua por 70 años hasta las elecciones del 2000, estuvo basada en un sistema clientelar y de redes, que es más semejante a un sistema tradicional que a uno racional, aunque su programa, por más de medio siglo, hizo énfasis en la “modernización” y al parecer promovía la racionalidad burocrática siguiendo el modelo de su poderoso vecino del norte. El resultado fue una aparente estabilidad —70 años de continuo mandato parece impresionante— y sin embargo esto sólo se pudo conseguir con tácticas tales como fraudes electorales —los candidatos del PRI perdían las elecciones, pero eran declarados victoriosos como resultado del control del partido sobre los procesos electorales. Ello produjo crecientes niveles de corrupción y un incremento del uso de *macht*, logrando tal vez resultados, pero erosionando la legitimidad de la *herrschaft* gubernamental.

La crisis de legitimidad del sistema mexicano lo ha llevado a una condición lejana al equilibrio en México y produjo la emergencia de un líder carismático en el sentido de Weber, pero que se aleja de manera significativa de su modelo, en tanto se articula con diferentes tipos de organización en diferentes niveles fractales. En estas condiciones turbulentas, el subcomandante Marcos puede verse simultáneamente como un clásico líder carismático y como una autoridad tradicional (en los términos de legitimidad dentro de la sociedad indígena) y también como una autoridad racional en su posición como subcomandante de un ejército. En esta complejidad Marcos dispone también de un complejo poder y

contrapoder dentro de la nación mexicana como totalidad, sin embargo, es un liderazgo inconsistente y difícil de definir. El carisma de Marcos es una ilustración del efecto mariposa; hay una desproporción entre el tamaño de la causa, y el alcance y complejidad de sus efectos. A veces factores locales sorprendentes e inesperados han probado ser cruciales en algunos aspectos de este resultado. La difusión de la influencia carismática de Marcos y los zapatistas en el turbulento campo de la vida política de México y el mundo no fue lineal, no se trata de una causa única produciendo un efecto único, más fuerte o débil a medida que aumenta o disminuye la distancia de su origen.

El fenómeno Marcos está plagado de paradojas y contradicciones que ponen a prueba el esquema de Weber y desconciertan por igual a adversarios y analistas políticos, pero que son cruciales para explicar el éxito del subcomandante Marcos. Su “grupo de apoyo” está conformado por líderes indígenas, “comandantes” que superan en rango al subcomandante. Estos líderes observan prácticas de mando que son tradicionales; indígenas que desarrollan nuevas y efectivas formas de resistencia que tienen su origen, de modo substancial, en estrategias del pasado. Paradójicamente, son los críticos de los zapatistas quienes salen en defensa de la “tradicción” ante estas innovaciones, apelando en sus argumentos al Complejo Ideológico Indígena: denuncian que el estatus subordinado de Marcos no es tal, porque los indios por definición son muy pasivos para organizar una rebelión. Los indios innovadores se han convertido en no-indios por definición, dado que el Complejo Ideológico propone que la verdadera Indianidad sólo se encuentra en la cultura prehispánica. (Véase Coronado, 2003.)

Nuestro particular interés se centra en la interacción entre lo semiótico y lo social en las operaciones de poder. Weber no puso de relieve este aspecto particular, aunque en su análisis del racionalismo burocrático es claro con respecto al papel de los textos escritos en el mantenimiento de este tipo de poder. En el caso de Marcos, la función de la comunicación es ampliamente reconocida como aspecto decisivo. El contexto semiótico ha sido tan importante como las condiciones políticas y sociales distantes del equilibrio.

Según el mito que se ha forjado, esta guerrilla posmoderna ha orquestado su rebelión recurriendo únicamente a una *lap-top* en las selvas de Chiapas. No hay necesidad de decir que la verdad es más compleja. Sin duda la *internet* ha jugado un papel protagónico, dando lugar a nuevas formas de interacción con los medios de comunicación tradicionales (en primer lugar la prensa escrita) y otras formas de comunicar la protesta, tales como las marchas y los mítines públicos (Cleaver, 1998; Coronado y Hodge, 2001).

Para explorar las complejas operaciones de poder en el caso zapatista, recurrimos al concepto de sintagmas semióticos: concatenaciones significativas de emisores, receptores y textos como los componentes de entidades de tres cuerpos en condiciones lejanas al equilibrio.

Un mensaje típico de los zapatistas por vía *internet* provendrá en primer lugar del grupo zapatista, integrado a través de formas tradicionales de organización y empleando básicamente, el lenguaje oral. Dicha “palabra” tiene una forma de autoridad que se debilita en etapas posteriores de la comunicación, pero permanece como parte de su significado semiótico, para aquellos que la reconocen. Marcos es el mediador entre dos modos semióticos, dos modos de autoridad, y este doble estatus es una dimensión crucial del estatus que asume en posteriores formas de transmisión, aunque sea un tanto ambiguo e inestable. Sus adversarios pueden separar a Marcos del mando zapatista y considerarlo como el único autor en el sintagma semiótico, minimizar o rechazar lo que él argumenta. Otros aceptarán que él es, de hecho, el portavoz de los zapatistas, y que habla investido con tal autoridad.

Los textos de Marcos transmitidos por la red normalmente no son órdenes, aunque tienen un efecto similar, porque organizan la conducta de muchas gentes que leen los mensajes y cumplen en consecuencia lo que los zapatistas quieren. Producen efectos como aquéllos que Weber adscribió a la *herrschaft*, e incluyen algunos imperativos, aunque su influencia es difusa. Funcionan más como órdenes cuando sustentan una actividad de masas como las marchas, aunque en este caso la fuente de las consignas que siguen no son propiamente de Marcos o de los líderes zapatistas, sino los gru-

pos organizados. Es claro que los imperativos y las órdenes juegan un papel específico en el ejercicio del poder, pero a menudo éste es secundario y dependiente de la condición nebulosa de la situación semiósica.

Los textos zapatistas vía *internet* alcanzan a numerosos y diversos receptores, dando lugar a un sintagma semiósico particularmente difuso, en el cual Marcos y los zapatistas, rebeldes que luchan por los derechos indígenas en las selvas de Chiapas, se comunican con activistas locales, sus bases de apoyo, y también con sus seguidores en la Ciudad de México, incluyendo a la prensa nacional. De este modo alcanzan una amplia franja del pueblo mexicano, indígenas y no-indígenas, la sociedad civil mexicana que a menudo invoca Marcos y que intenta movilizar contra el gobierno. También alcanzan audiencias internacionales, en países como Italia, Canadá, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos.

En términos semiósicos, lo que sucede es que gran número de sintagmas semiósicos se diseminan a través del mundo. Todos están constituidos, en algún grado, a partir de los mismos tres términos básicos. El mensaje cambia de localidad a localidad y de lenguaje a lenguaje, alrededor de un núcleo. El emisor es comprendido (de diferentes maneras en distantes localidades en el mundo) como un grupo rebelde que lucha por su causa, con integridad, por los derechos de los pueblos indígenas contra un gobierno corrupto y opresivo, y contra las fuerzas de la globalización y el neoliberalismo. Los receptores a su vez, se ven atraídos y son representados como cierto tipo de revolucionarios, héroes cuyo valor es su incorporación voluntaria como parte del sintagma semiósico. Cada una de tales transacciones semiósicas es débil en sí misma, y casi no tiene efectos discernibles. Pero al verse multiplicadas por un número consecutivo de impactos, en *internet* y otros medios, el efecto total es formidable.

Cuando los zapatistas marcharon de Chiapas al Zócalo de la ciudad de México, en marzo de 2002, siguieron un complejo itinerario con una eficiencia envidiable. Los grupos solidarios sabían de antemano cuándo y dónde estarían los zapatistas. Los helicópteros en el aire, las tropas en tierra se movían ominosamente alre-

dedor de la caravana, dispuestos a la confrontación si se les permitía; del mismo modo que, en el pasado, a menudo las fuerzas paramilitares y del gobierno golpearon a los grupos opositores. En este caso los sintagmas semióticos, entretejieron un campo de fuerza que el gobierno no pudo o no quiso penetrar.

Esto es poder de un tipo real; parcialmente como el *macht* de Weber, ya que los zapatistas fueron capaces de hacer lo que quisieron a pesar de toda la oposición, como una forma de *herrschaft* desde abajo, puesto que lo que estaba en juego era la legitimidad sentida y reclamada por los participantes, y reconocida por muchos otros.

El efecto abeja

Las modernas teorías del poder reconocen la interdependencia de los macro y micro niveles. El poder en las naciones y con respecto de actores en niveles altos debe descansar y estar validado en procesos que llegan hasta los niveles locales; en tal intrincada relación de poder, éste no puede ser visto como surgiendo únicamente desde arriba. Foucault escribió:

Me parece que por poder hay que comprender, primero, la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes las transforma, las refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de modo que formen cadena o sistema, o, al contrario, los corrimientos, las contradicciones que aíslan a unas de otras; las estrategias, por último que las tornan efectivas, y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales (Foucault, 1977: 112-3).

Dejando de lado algunos detalles, la imagen de Foucault sobre los flujos y las redes del poder que constituyen el cuerpo social tiene

mucho en común con la aproximación de la Teoría del Caos a la semiótica del poder. El poder existe en todos los niveles, no sólo entre los poderosos y consiste en movimientos caóticos e impredecibles en el espacio social, horizontal y vertical, plenos de transformaciones y reversiones. Un análisis socio semiótico en esta orientación tiene que ser capaz de moverse a través de escalas fractales, para estudiar lo local con la misma intensidad que lo general.

Para ilustrarlo acudimos a un ejemplo que puede parecer arbitrario. Como un aspecto del método, la elección de ejemplos no puede ser completamente racional, siempre está presente la intuición, la suerte y la pasión en una elección, que a su vez, por un efecto mariposa puede influir en las conclusiones. El análisis debe efectuarse concienzudamente, sin importar su nivel, de modo que las diferentes implicaciones de distintos ejemplos demuestren un punto crucial: la variedad e imprevisibilidad de los flujos de poder, sin importar dónde se encuentre el punto de inicio.

Empezaremos con un breve artículo de Elio Henríquez, publicado en *La Jornada* el 10 de enero de 2003, página 15, titulado “Causa indignación”, y la cabeza principal: “Las Abejas piden a Fox retirar el Ejército”. El artículo refiere una queja de la organización civil Las Abejas de Chenalhó, levantada en nombre de los 45 indígenas asesinados en la masacre de Acteal el 22 de diciembre de 1997. En ella objetan la presencia continua del Ejército y su comportamiento en aquel 23 de diciembre de 2002, cuando disparó sus armas al aire en Acteal Alto provocando una gran inquietud, miedo y susto, (particularmente a tres personas: una mujer que perdió la vista en la masacre y dos menores que se quedaron huérfanos como resultado de la misma).

Comenzamos con una simple pregunta: ¿Por qué razones un importante periódico a nivel nacional (aún si se trata de un diario de tendencia izquierdista como *La Jornada*), publicó una nota (aunque aparecida en la página 15), acerca de un incidente en el que no hubo muertos, sucedido en una remota comunidad de indígenas pobres? De hecho, este texto y las acciones que refiere pueden considerarse como una serie de efectos mariposa, o en este caso efectos

abeja, indicadores de una condición lejana al equilibrio en la que las cadenas o sistemas de las que habla Foucault toman una forma peculiar y arbitraria: sutiles aguijones alcanzan a llegar hasta Los Pinos desde las selvas de Chiapas.

En una aproximación que recurre a tres cuerpos; podríamos de igual modo empezar con el lenguaje (análisis de discursos), o los signos (semiótica) o la sociedad (poder), de modo que el objeto mínimo de análisis incluye a los tres. En este caso, empezamos con el texto verbal que constituye el artículo, en el cual Las Abejas, grupo relativamente desprovisto de poder, se dirigen directamente al presidente y actúa como si tuvieran el derecho de “pedir” a las más altas autoridades de la nación. Esta extraordinaria situación tiene lugar gracias a Elio Henríquez y *La Jornada* que son los portadores de este mensaje cruzando obstáculos en espacio y tiempo hasta llegar a la metrópolis. El periodista prefirió citar extensamente el texto de Las Abejas, combinándolo con sus propios comentarios, para formar un sistema de tres cuerpos (pueblos indígenas, prensa de izquierda, el presidente y sus asesores). Como en el modelo de Weber, Las Abejas adquieren poder porque también disponen de un “grupo de apoyo”, simpatizantes solidarios que los toman muy en serio.

Esto ilustra el cuarto principio de la *ss*: las estructuras en el plano semiósico (en este caso, posiciones como hablante y oyente legítimos) se transforman en el plano social. La capacidad mostrada por Las Abejas al ocupar plenamente la posición del hablante, los coloca al mismo nivel que el presidente de México. El hecho de que reclamen el derecho de hablar y ser escuchados se entiende también como un reclamo de sus derechos políticos, teóricamente tienen el mismo derecho como cualquier mexicano de dirigirse a su presidente. Es el caso de muchos otros mexicanos para quienes el derecho no existe en la práctica, ya que se ven dominados por las categorías del poder social. Las Abejas hablan, de modo que puedan ser escuchadas. Obtuvieron un estatus especial en 2001 cuando ganaron el prestigioso *Prix 2001 des droits de l’homme* (*La Jornada*, 16 de diciembre de 2001: 9).

También hablan como aquellos que tienen el saber (en esta situación). La legitimidad en el plano mimético se añade a su estatus en el plano semiósico y viceversa.

El análisis de tres cuerpos se puede aplicar de otras maneras que nos llevan más allá de la forma de este texto, como al mundo social habitado por sus agentes y lectores a través de una serie de nodos de semiosis política. Las Abejas, reportan verbalmente un incidente que es un acto semiósico no verbal: los soldados disparan sus armas para expresar mensajes acerca de su poder y hostilidad hacia la comunidad, mediante una acción realizada a 300 metros de Acteal mismo, un día después del aniversario de la masacre. En un análisis de dos cuerpos, ésta situación es exclusivamente una acción de los soldados contra la comunidad. Pero esto es interpretado por Las Abejas a través de un sistema de tres cuerpos, incluyéndose a sí mismos como autoridades en la comunidad, en defensa de la gente vulnerable que fue aterrorizada en ese momento y que había sufrido grandes pérdidas en el pasado como resultado de la confrontación con estos soldados que no respetan las leyes. Lo que sucedió en el pasado a un mismo nivel sustenta a la acción presente que les permite dirigirse al presidente en un escenario más amplio, partiendo del supuesto que él debería involucrarse, al igual que ellos, en la defensa de ciudadanos ante la violencia ilegal. Detrás de este sistema de tres cuerpos hay otro, en torno a la misma masacre perpetrada por fuerzas paramilitares contra la comunidad entera. Los agresores aún gozan de impunidad y se encuentran libres, un hecho que es denunciado a menudo por los zapatistas. No se les menciona específicamente en este artículo, pero están presentes como un tercer cuerpo, en un nivel fractal, que liga y colapsa todos los niveles: absolutamente local y por ende enteramente nacional. Este colapso fractal es otro efecto y signo de situaciones lejanas al equilibrio.

Este análisis mezcla promiscuamente realidad y significado, semiosis y poder, porque cada uno de estos aspectos actúa de modo interdependiente en esta situación y el método debe seguir a su objeto. Los sintagmas semiósicos se intersectan en grados diversos con la “realidad” y con las estructuras sociales, que no siempre

pueden determinarse fácilmente. Los sintagmas del poder circulan asignando valores y significados a los agentes y las relaciones, construyendo en este caso un mundo al revés en el que un grupo de indígenas pobres puede regañar al presidente de México, y un mundo posible en el cual el presidente, en cierta medida, directa o indirectamente, tiene que darse por enterado.

Incidente en el rancho La Esmeralda

En la misma página de *La Jornada*, un artículo sobre Chiapas, escrito por Hermann Bellinghausen, refiere otro incidente, a primera vista incluso más trivial, que la denuncia hecha por Las Abejas. El 30 de diciembre de 2002, una pareja estadounidense, Glenn Wersh Piltz (aparece también como Wersch en otros textos) y Ellen Jones Yeazel, propietarios de un rancho turístico, La Esmeralda, cerca de Ocosingo y próximo a las ruinas arqueológicas de Toniná, anunciaron que los zapatistas iban a invadir su rancho el primero de enero. Según Bellinghausen, esta invasión nunca tuvo lugar. En el fondo, se trataba de una disputa entre los propietarios estadounidenses y la comunidad local de Nueva Jerusalén. Pero la versión de Wersh circuló ampliamente en la prensa regional y llegó incluso a las páginas del *New York Times* y a los círculos de la embajada estadounidense. Bellinghausen continuó este artículo con otro publicado el 4 de febrero que incluye el relato de lo sucedido hasta los días 29 y 30 de enero, cuando efectivamente ocurrieron ciertos hechos que involucraron grados menores de violencia, después de lo cual, los Wersh, “abandonaron precipitadamente” el rancho.

Nuestro propósito es analizar este incidente recurriendo a la semiótica social para mostrar, en los términos de Foucault, “la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización” (1977: 112). La complejidad y variabilidad de estas fuerzas y relaciones, en estas condiciones lejanas al equilibrio, plantean ciertas exigencias a la semiótica cuya importancia va más allá del alcance de este singular incidente.

Comenzaremos mencionando cómo surgió nuestro interés en esta historia. A mediados de diciembre de 2002, nuestro hijo John y su pareja Sharon viajaban como turistas por Chiapas y vieron un anuncio de La Esmeralda, animados por la exhortación de conciencia ecológica e impresionados por la implicación de que los propietarios se interesaban en asuntos indígenas, decidieron pernoctar en estas instalaciones, para su sorpresa, el vehículo que los llevaba al rancho fue detenido por un bloqueo en el camino realizado por la comunidad indígena. Al llegar al rancho, les impactó escuchar lo que percibieron; una actitud racista e hipócrita por parte de Glenn Wersh hacia dicha comunidad. La mañana siguiente, en cuanto pudieron, abandonaron el rancho.

El episodio aparentemente insignificante desencadenó otros efectos mariposa en sí mismos. Un mes después, fuimos a la región en una investigación de campo y visitamos Ocosingo y las ruinas de Toniná, intrigados por la historia sobre el rancho La Esmeralda. Recopilamos folletos turísticos del rancho tratando de constatar qué fue lo que atrajo inicialmente a John y Sharon, y apreciar en qué medida la semiótica social habría sido de utilidad. Al final del viaje disponíamos de tres tipos de texto: verbal (un folleto, los artículos de Bellinghausen), visual (una vez más el folleto) y etnográfico (reportes sobre lo que habíamos visto en el entorno físico, asumiendo cómo fueron experimentados e interpretados por los actores fundamentales). El conjunto de textos es escaso y conforma un *corpus* arbitrario, pero este problema se puede resolver dada su diversidad del mismo. Hay tres tipos de texto, asociados con tres aproximaciones que a menudo se mantienen separadas: análisis de discursos, semiótica y análisis del poder. Las tres juntas, organizadas como un sistema de tres cuerpos, pueden producir un retrato detallado de las complejas operaciones de poder en situaciones como éstas, que en conjunto resultan más productivas de lo que arrojaría cada una por separado, aún si se aplicaran con profundidad y con un número mayor de documentos.

Podríamos empezar con cualquiera de los tres grupos de textos, recurriendo a cualquiera de las tres aproximaciones. En primera instancia, empezaremos con un análisis semiótico de los textos vi-

suales en el panfleto Wersh. El folleto parece ser una fotocopia en blanco y negro tomada de un original, elaborado con tecnología básica, con ilustraciones dibujadas por un simple amateur. Este significado semiósico va aparejado con la imagen enunciada en el texto, la “elegancia rústica” del rancho, que no dispone de electricidad, ni teléfono, ni fax, ni correo electrónico. Se incluye, sin embargo, un número de fax “en la casa de unos amigos en el pueblo de Ocosingo”, y también una dirección electrónica. El rancho supera las contradicciones entre la simplicidad rural y el mundo global interconectado de donde provienen sus clientes, gracias a la mediación de buenos amigos de la localidad.

En la portada domina un dibujo a pluma, que representa en primer plano las edificaciones del rancho, dos simples construcciones en dos pisos a izquierda y derecha, con la tradicional palapa redonda con techo de palma. Al fondo a la izquierda se encuentra un cerro boscoso, a la derecha las ruinas de Toniná. La imagen está enmarcada con líneas onduladas, que asemejan el marco de un cuadro o de un espejo. Estas líneas de demarcación son aparentemente un signo semiósico que no refleja la realidad social física. Es posible proponer que se han empleado para sugerir que éste es un lugar que existe como recuerdo turístico, o bien se trata de una imagen que antes de llegar al sitio invita al visitante. La combinación de naturaleza y cultura preempacada como un conjunto sin fisuras, parece tener como único propósito es que uno mismo como turista lo haga suyo. Esta interpretación, parece un ornamento anodino e inofensivo que conecta la realidad con la fantasía. Al interior de estas fronteras el contenido mimético surge ante nosotros. La imagen aísla diferentes elementos significativos, dos tipos de edificio: uno de estilo europeo básico y el otro de estilo indígena, con dos tipos de atracciones turísticas: una montaña arbolada y un monumento antiguo (rodeado por la naturaleza).

Las fronteras son un elemento común que asocia los planos mimético y semiósico, filtrando significados entre ambos. Las líneas ornamentales alrededor de la imagen se conectan directamente con las muy firmes alambradas de la propiedad Wersh en disputa (por cierto en la imagen no aparecen puertas o cercas sino única-

mente senderos naturales que conducen, a través de los árboles y los pastizales, hacia el monumento arqueológico). Los bordes en la imagen, que parecen ser únicamente semióscicos, son también una imagen mimética, una cerca que en realidad excluye a las indeseables comunidades indígenas de la propiedad Wersh. En el plano mimético, las alambradas y otras demarcaciones significan poder (de excluir a algunos y recibir a otros en determinado espacio). Las líneas ornamentales del dibujo son re-significadas como una expresión de poder, la voluntad de negar la existencia de los pueblos indígenas, en el interior de los límites de la representación.

El folleto ofrece otro mapa, otra re-organización sintomática del espacio, que pretende mostrar las relaciones geográficas claves entre el rancho La Esmeralda y el pueblo más cercano, Ocosingo, y también Toniná. Este es el sistema de tres cuerpos predilecto del propietario Wersh. No se incluyen en el documento dos estructuras, más grandes que rancho La Esmeralda, que juegan un importante papel en el relato de Bellinghausen: la comunidad indígena, referida por Wersh como irracional y peligrosa, y el extenso campo militar, no mencionado por Wersh, cuya sola presencia intimida a la comunidad, por lo que el pueblo de Acteal se ha sentido amenazado por la presencia de sus “protectores”. Los dos sistemas de tres cuerpos comparten dos elementos en común, el rancho La Esmeralda y Toniná. Con elementos distintos: el campo militar y la comunidad.

Al ponerlos en relación, el significado de cada uno es afectado de modo impredecible por los demás. Por ejemplo, en el segundo reporte de Bellinghausen, el campo militar es descrito como un monumento:

(La) Sedena estableció su inmenso conjunto arquitectónico, desde donde se ha organizado y aplicado la aplastante militarización de la Lacandona en los siete años recientes. Ernesto Zedillo inauguró los cuarteles personalmente y colocó una de esas banderotas que tanto le encantaba ir sembrando a su paso por Chiapas. (Traducción de la versión en inglés: andy@dojo.tao.ca)

Al pasar por este complejo militar en nuestro camino hacia las ruinas, parece en verdad un impresionante conjunto casi monumental. Ante su gran portón, de enormes troncos en un estilo “rústico”, semejante al del rancho La Esmeralda, y con tantos hombres armados alrededor de nosotros, no tuvimos el menor impulso en detenernos a contemplar la escena. Una vez que nos encontramos en el museo anexo a las ruinas, nos impactó el gran número de hombres uniformados que rodeaban la entrada, algunos de ellos armados y sonriendo de buena gana, con una inquietante similitud a la presencia de los guardias alrededor de los cuarteles.

El derrame semiótico se produce en ambas direcciones, llevado por la fuerza de los significados sociales. A propósito de las ruinas, escribe Bellinghausen:

Desde toda esta parte del valle de Ocosingo se puede ver la ladera del sitio arqueológico, por donde suben y bajan las escaleras al inframundo y, en una estela, una espantosa deidad sostiene con la mano una cabeza cercenada. La fortaleza militar donde el sangriento señor Murciélagu-Tigre, *Tzof Choj*, reinó al final del periodo clásico maya...

Bellinghausen asocia el famoso monumento, no con los pueblos indígenas que son herederos de esta cultura, sino con el brutal militarismo que considera como un aspecto compartido por dos grupos dominantes: los mayas del pasado y el grupo mestizo en la actualidad (llamado ladino en Chiapas). Bajo el peso de las circunstancias, en estas condiciones lejanas al equilibrio, la (alta) cultura indígena se ha tornado no-indígena. Paradójicamente, éste es otro eslabón de la misma contradicción que atraviesa el complejo ideológico indígena y que separa a los verdaderos indios (aquellos que construyeron los monumentos antiguos y que vivieron hace mucho tiempo) de los “indios inauténticos”, que en la actualidad viven sumidos en la pobreza, ignorando su herencia cultural hasta que los arqueólogos les ofrecen una explicación sobre ella (véase Coronado, 2003). Este complejo ideológico en México se utiliza

normalmente para justificar el desprecio y la negligencia de los mestizos hacia los herederos vivos de las culturas antiguas. El ejemplo de Bellinghausen da otro giro al complejo ideológico, al focalizar la contradicción en el proyecto político de los mayas de la actualidad, cuyo validez no depende de su pasado cultural.

Bellinghausen describe una serie de cadenas semiósicas en torno a este texto. El mensaje de Wersh fue recogido por el *New York Times*, y desde ahí alcanzó al departamento de estado y a la embajada de Estados Unidos en México; desde ahí se envió un mensaje al gobernador de Chiapas, Pablo Salazar, solicitándole el envío del ejército para brindar protección a las víctimas estadounidenses de la agresión zapatista. Salazar fue parte de la falta de respuesta oficial ante la masacre de Acteal, porque según Bellinghausen en esta ocasión no obedeció la orden implícita, por el contrario, hizo público y ridiculizó este mensaje calificándolo de “un berrinche”. Ventilando abiertamente la orden estadounidense, sin recato alguno, tornó su oculto poder en impotencia pública: una clara ilustración del complejo re juego entre semiosis y poder, en condiciones lejanas al equilibrio. Mientras que, en otra línea de comunicación distinta, Andrew en andy@dojo.tao.ca, reprodujo una traducción al inglés del artículo de Bellinghausen y lo envió a ZapNews, desde ahí fue recogido, entre otros, por el boletín radical *Schnews* en Inglaterra, uno de cuyos editores, John Hodge, proporcionó la dirección de Andrew a los lectores.

La escala que hemos examinado, va de los niveles local e interpersonal a una escala nacional y global; es fractal porque está constituida en cada nivel por diferentes configuraciones de elementos similares. En tanto serie fractal, la podemos proyectar también hacia abajo, a las estructuras intrapersonales constituidas por los mismos materiales. Hay un dato muy ilustrativo en nuestra documentación que nos permite emprender esta tarea. Bellinghausen se refiere a la pareja en cuestión mediante el sistema mexicano de nombres propios, no el angloamericano, como “Glenn Wersh Piltz y Ellen Jones Yeazel”. No es probable que haya indagado el segundo apellido, de modo que podemos asumir que de este modo

la pareja se representaba a sí misma como mexicanizados y hablantes del español con apellidos no hispánicos. En términos semióticos, no se trata únicamente de una pareja estadounidense al frente de un negocio como el rancho mexicano. Estaban aliados con los ladinos locales, y no solamente con el poder del estado norteamericano. En cierta medida, configuran un híbrido transcultural, que incorpora en su propias identidades al menos dos de los elementos en conflicto.

Como en el caso de Marcos y Las Abejas, apreciamos aquí los complejos efectos de la interacción semiosis y poder, en el contexto de los medios de comunicación. Estos últimos tienen un profundo impacto en la naturaleza y la forma de las redes, a través de las cuales, se median el poder y el significado. Los medios transforman el alcance y la dirección de las relaciones de poder y solidaridad, permitiendo a su vez la formación y desencadenamiento de complejas coaliciones y rivalidades. Los emisarios y los receptores de estas redes son nodos complejos, que reciben y envían diversos mensajes de una diversidad de fuentes, hacia varios destinos: amplificando, reordenando, reorientando, suprimiendo o distorsionando mensajes hacia cualquier parte del espacio comunicacional interconectado. Estas redes introducen complicaciones que empujan hacia situaciones lejanas al equilibrio. Dichas situaciones propician a su vez la aparición de productos típicos del caos.

Esta actividad es semiótica, crucial para las conexiones por las que actúa el poder. En este punto, el estudio de las operaciones de poder es indisociablemente semiótico y político: una semiótica social o una teoría social de la semiótica. Estamos conscientes que para una perspectiva disciplinaria ésta es una conclusión impertinente si no es que hasta un tanto escandalosa, pero las disciplinas no pueden inventar el mundo que pretenden explicar. En el mundo complejo y caótico que habitamos, poder y significado interactúan constantemente. El análisis del discurso debe articularse con la semiótica y, ambos, con la teoría política y social. Y esto es sólo el comienzo de lo que falta hacer.

Agradecimientos

La realización del trabajo de campo para este artículo fue apoyado por la Universidad de Western Sydney, a través del otorgamiento de una beca, Seed grant, y con el apoyo de la School of Management de la misma universidad, a quienes agradecemos ampliamente. Damos gracias también a John Hodge y Sharon Tyes por sus sugerentes comentarios.

Bibliografía

- Austin, J., (1962), *How to do Things with Words*, Harvard University Press, Cambridge.
- Bateson, G., (1972), *Steps to an Ecology of Mind*, Granada, Londres.
- Cleaver, H., (1998), "The Zapatista Effect: the Internet and the Rise of an Alternative Political Fabric" en *Journal of International Affairs*, Marzo.
- Coronado, G., (2003), *Las voces silenciadas de la cultura mexicana*, CIESAS, México.
- Coronado, G. y B. Hodge, (2001), "David and Goliath in Cyberspace" en *Mots pluriels*, núm. 18.
- Foucault, M., (1977), *Discipline and Punish*, A. Sheridan (trad.), Penguin, Harmondsworth.
- _____, (1977), "La voluntad de saber" en *Historia de la sexualidad*, U. Guiñazú (trad.), vol. I, Siglo XXI, México.
- Gleick, J., (1988), *Chaos*, Sphere Books, Nueva York.
- Halliday, M., (1985), *Introduction to Functional Linguistics*, Edward Arnold, Londres.
- Hayles, K., (1991), *Orderly Chaos*, Princeton University Press, Princeton.
- Hodge, B. y G. Kress, (1988), *Social Semiotics*, Polity Press, Londres.
- Kress, G. y Theo van Leeuwen, (1998), *Reading Images*, Routledge, Londres.
- Lorenz, E., (1995), *The essence of chaos*, University College of Londres, Londres.
- Mandelbrot, M., (1982), *The Fractal Geometry of Nature*, W. H. Freeman, San Francisco.

- Peirce, C. S., (1940/ 1965), *Collected Papers*, Belknap Press, Cambridge.
- Prigogine, I. e I. Stengers, (1984), *Order out of Chaos*, William Heine-
mann Ltd., Londres.
- Reissner, R., (1983), *El indio en los diccionarios*, INI, México.
- Saussure, F., (1974), *A Course in General Linguistics*, J. Culler (ed.) y W.
Baskin (trad.), Fontana, Londres.
- Weber, M., (1948), *From Max Weber*; H. Gerth y C. Wright Mills (edits.),
Routledge y Paul Kegan (trads.), Londres.